



VENCE CON EL BIEN EL MAL

Año 2 – Nº 4
1^{er} cuatrimestre de 2003

Publicación cuatrimestral del
**SEMINARIO
CONCORDIA**

Escuela Superior de Teología
de la
**IGLESIA
EVANGÉLICA
LUTERANA
ARGENTINA**

Libertad 1650 (49 Nº 7200)
C. C. 5

(1655) José L. Suárez Bs. As.
Tel. (011) 4720-7797. Fax.
(011) 4729-0345

seminarioconcordia@elsitio.net
concordia@asit.org.ar

Editor Responsable
DAMIÁN JORGE FISCHER
dafis@elsitio.net

Redacción
Cuerpo Docente
del Seminario Concordia
Damián J. Fischer
José A. Pfaffenzeller
Antonio R. Schimpf

Colabora en este número:
Pastor **Juan A. Beckmann**

«¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en sus manos el poder! Codician campos y los roban; casas, y las toman; oprimen al hombre y a su familia, al hombre y a su heredad» (Miqueas 2.1-2).

Son palabras que podrían tomarse como un reclamo de clases sociales más bajas contra los grandes terratenientes, invocando contra ellos, al mismo tiempo, la ira de Dios. Sin embargo, son mucho más que eso. Son palabras de Dios que señalan el juicio inminente. Cuando Dios exclama «¡ay!» es porque su ira está lista para caer sobre toda injusticia humana.

Este escrito del profeta, como se señaló, es declaración de juicio divino, pero también es llamado al arrepentimiento para todo aquel que aplasta con su poder a otro. Es, así mismo, advertencia para quienes están siendo tentados a dejarse seducir por la corriente de este mundo, que enseña y empuja a competir con deslealtad y con astucia despiadada por amor al dinero. Paralelamente, estas son palabras de consuelo que revelan al Dios único que ama la justicia y que, muy por el contrario de haberse alejado de su creación, está cerca, poniéndose del lado de los que sufren, de los indefensos (de los que verdaderamente lo son). Miqueas trae alivio a quienes andan en los caminos de Dios, aunque frente al mundo se vean como gente sin salida.

Nuestro contexto social no es diferente del que le tocó conocer al profeta. No hace falta mencionar las diversas formas de opresión y maltrato que provocan tanto sufrimiento y desesperanza, sin olvidar aquellas que se producen, a «baja escala», en el ámbito familiar y no solamente en lo laboral o económico. Dios está observando y, contrariamente a lo que se piensa, no permanece pasivo. Su ira ya se está revelando contra toda injusticia de los hombres... (Ro 1.18).

La gran diferencia que existe entre nuestra situación y la de la época de Miqueas reside en que ahora hay una numerosa multitud de hombres y mujeres que hemos llegado, por la fe, al conocimiento del salvador Jesucristo. Él, siendo rico se hizo pobre, para que nosotros fuésemos enriquecidos (2Co 8.9). Por su sangre fuimos rescatados del poder del pecado. Dios nos dio así una firme esperanza que nos permite andar seguros, no poniendo nuestra mirada en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, pues estas son eternas (2Co 4.18; Col 3.1-15).

Para nosotros las palabras de Miqueas tienen, entonces, un valor especial. A través de ese mensaje Dios nos afirma en el camino de su voluntad y nos compele a buscar alternativas, no sólo para curar las heridas que producen las injusticias, sino también para que esa voluntad de Dios sea conocida y reine la justicia. Cuando cada hijo de Dios redimido por la sangre de Cristo anuncia el evangelio y vive de acuerdo a lo que él nos ha señalado, entonces el reino de Dios se acerca. Es preciso que los que manifestamos creer en Jesucristo nos esforcemos por vivir en el amor que él nos enseñó. Haciendo esto estaremos cumpliendo con la misión y muchos más serán salvos por su gracia. Por tanto: «Mantengamos firme la esperanza que profesamos, porque fiel es el que hizo la promesa. Preocupémonos los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras. No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca» (He 10.23-25).

Damián Jorge Fischer

¡Señor, envía obreros!

Sermón del culto de inicio del ciclo lectivo 2003 del Seminario Concordia, basado en Mt 9.36-38.

Predicador: Damián J. Fischer

Como ovejas sin pastor

Se ha querido imponer, durante largo tiempo, la idea de que por medio de la razón el hombre podría lograrlo todo. Felizmente, por la observación de los acontecimientos de la historia, lentamente se va tomando conciencia de que la diosa razón no nos conducirá a las tan anheladas paz y equidad universales.

La historia corrobora que lo que dice Dios en su palabra es totalmente cierto. El ser humano es pecador y no puede redimirse a sí mismo. Lo que vemos en nuestros días no es diferente a lo que fue en tiempos antiguos. Sistemas perversos dominan el poder y la economía del mundo, sin importarse de las grandes masas que viven al límite, la mayor parte de las cuales están sumidas en la pobreza. Sistemas perversos que son capaces de llevar al mundo al borde del desastre y a miles de personas indefensas a la muerte o a la indignidad con el pretexto de conservar la paz.

Cerrando el círculo, miremos nuestro país. Aquí sucede como antiguamente: un poder político que trata de sostener buenas relaciones con el poder mundial, al mismo tiempo que mantiene al pueblo lo más calmo posible. Lo que siempre prevalece es el interés personal y los de las minorías que manejan las riquezas inmensas de un país extenso.

En este contexto la palabra de Dios es silenciada de diferentes maneras, ya sea por ignorancia o por temor. Lo que sucede es que las Escrituras dan sabiduría, producen unidad, movilizan y, sobre todo, revelan el pecado y sacan a la luz toda injusticia y toda hipocresía. La palabra de Dios es silenciada explícitamente por aquellos que la rechazan y la ridiculizan. Pero también es silenciada o, peor aún, tergiversada por quienes se presentan como siervos de Cristo y mensajeros del Señor, aunque en realidad son maestros infieles que inventan doctrinas engañosas, ocultando de ese modo la cruz de Cristo. Nuestro país está lleno de falsos predicadores que buscan su propia gloria o la de determinada denominación, pero no escudriñan las Escrituras para que su proclamación esté basada en la verdad. Estamos en medio de un pueblo confundido que desconoce a Dios, aunque lo busca en innumerables cultos cargados de ocultismo y superstición.

Las Sagradas Escrituras, como todos sabemos, nos aseguran que no hay otro camino para la reconciliación con Dios que no sea Jesucristo. Todos, por naturaleza somos pecadores y estamos destituidos de la gloria de Dios y ne-

cesitamos de la redención que sólo nos es dada en Cristo Jesús. De manera que podemos decir, sin temor a equívocos, basándonos en lo que Dios mismo declara en su palabra, que estamos en medio de un pueblo que va camino a la muerte eterna. Estamos en medio de un pueblo que anda desamparado y disperso como ovejas sin pastor.

Los cristianos frente a los desafíos actuales. Interrogantes

o ¿Cómo nos encontramos nosotros frente a estos desafíos?

o ¿No estamos siendo un tanto indiferentes como iglesia ante esta realidad?

o ¿No estaremos tan preocupados en mantener las actividades normales de las congregaciones, que no encontramos tiempo para dedicarnos a pensar en estrategias válidas para hacer impacto en medio de este pueblo?

o ¿No ocurrirá que estamos tratando de autoconvencernos de que no es tan urgente la situación?

o ¿Qué importancia tiene en nuestras oraciones personales y congregacionales el tema? En nuestras oraciones se reflejan nuestras inquietudes.

Nuestra actitud a la luz de la enseñanza de Jesús

Todos conocemos bien el texto de Mt 9.37-38, son palabras repetidas con frecuencia. Jesús dijo a sus discípulos: «A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies».

Pedir sin asumir el compromiso

Hacemos bien, como miembros de la iglesia, como integrantes de un seminario cristiano, cuando elevamos nuestro ruego pidiendo más obreros al Señor de la mies (*therismós*). Sin embargo, a veces parece que pedimos para que trabajen otros.

Se dice que en cierta oportunidad llegó frente a la casa de gobierno una manifestación numerosa reclamando por puestos de trabajo. Aquellos desocupados reclamaron y reclamaron hasta que salió el propio presidente de la nación. Cautelosamente el presidente se acercó a los manifestantes y dijo: «Deben comprender que es muy complejo resolver la situación laboral de todos los presentes, pero voy a mostrar mi voluntad para solucionar este problema dando trabajo hoy a uno de ustedes». Enseguida llamó a su lado a uno de los que reclamaban, colocó su mano en el hombro de él y le dijo: «¡Ya tenés trabajo!». Entonces el hombre se quejó: «¡Habiendo tantos, justo me vino a elegir a mí!».

Quizá suceda algo semejante relacionado a la misión que Dios nos encargó, sólo que en este caso hay mucho trabajo y faltan obreros. Pedimos al Señor de la obra que envíe obreros para el trabajo, pero ¿cuántos de los que oramos nos disponemos a trabajar?

Este es un punto que no podemos dejar de considerar los que estamos en el trabajo activo dentro de la iglesia. ¿Qué nos motivó a involucrarnos con esta tarea? ¿Qué es lo que diariamente nos moviliza a realizar nuestro trabajo? ¿Cuáles son nuestras metas? Periódicamente necesitamos examinarnos porque se requiere de los administradores que sean hallados fieles.

Así mismo, los que han venido a capacitarse al seminario, ¿por qué lo han hecho?. La mayoría de los estudiantes desean ser pastores. ¿Por qué quieren serlo? Es importante que cada uno se analice interiormente delante del buen Dios que escudriña los corazones. Podría suceder que alguno diga: «Señor, te seguiré a donde quiera que sea», pero quizá la confianza esté puesta en las propias capacidades para desenvolverse en determinada tarea. También es bien probable que alguno se vea tentado a seguir estudios de teología con la suposición de que como pastor no le faltará empleo. Alguno más, consciente o inconscientemente, quizá esté queriendo demostrar algo delante de cierta persona, como quien dice: «¡Ven que puedo!».

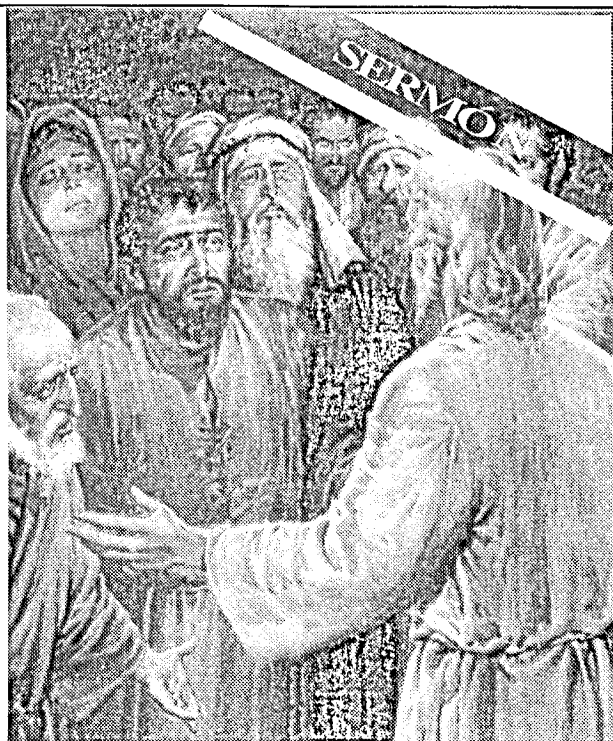
No debemos dejar de señalar algo que es muy cierto: es posible que una persona llegue al seminario con motivaciones incorrectas como las que se mencionaron, pero, una vez aquí, sea transformado por el evangelio y llegue a ser un excelente obrero del Señor. No obstante, lo expuesto antes puede ser muy peligroso en caso de que no se dé una conversión genuina en el estudiante. Es peligroso, en primer lugar, porque quien actúa de esa manera se engaña a sí mismo. Quizá pueda engañar también a muchos y llegar al ministerio pastoral, pero no podrá engañar a Dios. Por lo tanto, esa persona corre peligro de condenación eterna. En segundo lugar, es peligroso porque el trabajo de obreros así resulta muy nocivo para la iglesia. Tales hombres no se encaminan con el poder de Dios, no han sido llamados. Las vidas de las personas pastoreadas no serán su prioridad, como tampoco lo será la fidelidad al evangelio. Con el tiempo es posible que alguno se vea involucrado en cierto tipo de maniobras para mantenerse en el puesto, aun cuando su desempeño sea infructuoso para la misión. Naturalmente, el resultado será la pérdida de muchas vidas.

Jesús ante la gente

Con relación al encargo de Jesús: «**Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies**», Mateo señala dos aspectos muy importantes que necesitamos considerar siempre: 1° la actitud de Jesús frente a la multitud. El relato nos dice que él «tuvo compasión de ellas». 2° Jesús hizo tomar conciencia a los suyos y a ellos envió.

1- La actitud de Jesús frente a la multitud

Según el relato Jesús recorría todas las ciudades y aldeas (dato repetido dos veces en el evangelio prácticamen-



te con las mismas palabras: 4.23; 9.35). De muchos de aquellos lugares por los que pasaba salía gente que lo seguía. Leemos en 4.25: «**Lo siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán**». Jesús andaba entre la gente, conocía como vivía y sus necesidades. Al pasar por las ciudades y aldeas entraba en las sinagogas y predicaba. Así mismo, a cada paso, enseñaba el evangelio del «reino de los cielos». Ante semejante proclamación la gente se admiraba porque él enseñaba con autoridad y no como los escribas y fariseos. La diferencia saltaba a la vista. Los líderes religiosos enseñaban una cosa y hacían otra, cargaban al pueblo con instrucciones morales y religiosas que ni ellos mismos podían cumplir. En cambio, Jesús les hablaba del amor de Dios. Sus hechos poderosos manifestaban el amor de Dios. Su vida era absolutamente coherente con lo que decía. Efectivamente, él era **Emmanuel**, Dios con nosotros, Dios con su pueblo.

Lo dicho se hace evidente en la hermosa descripción que hace Mateo del momento cuando Jesús miró a la multitud y se conmovió íntimamente (es lo que indica el verbo *esplanjnisthe*). Seguramente fue un sentimiento exteriorizado de alguna forma, porque los discípulos lo percibieron.

Era mucha gente y aún quedaba mucho por recorrer. Además, seguramente Jesús no tenía su vista puesta solamente en Israel, aunque en primera instancia estaban ellos.

Según nuestro texto, Jesús vio a una multitud desamparada y dispersa como ovejas sin pastor. Gente que desconocía a Dios, aunque eran el pueblo de la alianza. Sus líderes espirituales, sus «pastores», estaban más preocupados por obtener gloria personal que por servir a Dios. Buscaban salvar sus vidas, cuando en realidad se estaban perdiendo, arrastrando consigo a muchas personas. Pastores que no

conocían el amor de Dios y que no habían comprendido su palabra. Pastores preocupados por las cuestiones externas de la religión, pero que olvidaban la misericordia, la justicia y la verdad. En resumidas cuentas: un pueblo que iba a la perdición eterna.

¡Cómo debemos cuidarnos los pastores, predicadores, líderes y maestros en la actualidad! Debemos ser cuidadosos y escuchar siempre la corrección y amonestación de los hermanos. No sea que por nuestro testimonio la vida congregacional termine transformándose en religión muerta, religión cargada de «buenas obras», de compromisos, pero que distancie de la salvación gratuita que Dios nos ofrece en Cristo Jesús. Puede ocurrir también, que nuestra predicación y enseñanza sean correctas, pero no estén acompañadas por un testimonio personal de vida. O bien, que nos mantengamos distanciados de las personas a las que predicamos. Jesús se acercó a la gente.

2- *Jesús hizo tomar conciencia a los suyos y a ellos envió*

«**La mies es mucha**», comenzó diciendo Jesús. Así hizo tomar conciencia a los suyos de esa realidad de muerte en la que se encontraba la gente, pero también de las posibilidades concretas de trabajo. Recién entonces les dio el encargo de orar: «**Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies**».

Los obreros no pueden levantarse solos. Es Dios, por la acción de su Espíritu, mediante la Palabra, el que hace tomar conciencia de la realidad de pecado en la que nos hallamos. Al mismo tiempo, él nos hace conocer y comprender el amor de Dios en Cristo, por quien tenemos perdón de pecados. Ese es un paso ineludible para ser obrero del Señor. Nadie puede ser un siervo de Jesucristo a menos que haya recibido esta revelación.

Al pedirles que oren, Jesús hizo tomar conciencia a los suyos de la necesidad que tenía el pueblo de recibir el evangelio que él estaba anunciando. Recién entonces los envió. Relata Mateo que Jesús llamó a los doce, una vez que les había dado el encargo de orar, y los mandó a realizar la misma tarea que él estaba haciendo. Según el capítulo 10 de este evangelio, Jesús les dio autoridad (*exousía, el mismo término se usa en 28.18, donde es traducido «potestad»*) sobre los espíritus impuros y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Los mandó a recorrer el país, las mismas regiones que él estaba recorriendo. Les ordenó predicar lo mismo que él predicaba: “El reino de los cielos se ha acercado” (Cf. 4.17). Aquellos hombres salieron como representantes del Mesías. Un poco más adelante, en esta instrucción de envío, les dijo: «**El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió (10.40)**».

Hay un aspecto destacado del «discurso de envío» es la identificación con el Cristo que se acerca a la gente con la palabra de salvación. Pero, al mismo tiempo, la identificación con el Cristo rechazado, perseguido y entregado a la muerte. «El siervo no es mayor que su Señor». Los discípulos debían ser conscientes también de que el mensaje sería despreciado por muchos. El hombre pecador no puede

discernir las cosas de Dios, porque para él son locura. El ser humano no quiere que se ponga en evidencia su culpa, mucho menos quiere hablar de muerte y condenación eterna.

Jesús no dejó de advertirlos acerca del desafío que implicaba este envío. Por eso les dijo claramente: «... **el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí**». Con estas palabras, obviamente, se estaba refiriendo a la necesidad de seguirlo hasta la muerte. A tal punto esto llegó a ser así, con el correr de la historia, que la palabra griega *martir* (testigo) pasó a designar para nosotros a un testigo muerto por dar testimonio.

Jesús no impone obras para ganar méritos delante de Dios

Naturalmente, con esto Jesús no está imponiendo un camino para ganar méritos delante de Dios. La obra de redención es suya. Él es el sacrificio único por nuestros pecados. Jesús envía a los que han sido salvados para que anuncien que en él hay perdón, reconciliación con Dios y vida.

Cuando Mateo nos describe a Jesús compadeciéndose de la multitud, no hace otra cosa que mostrarnos el amor de Dios por la humanidad. Ese mismo amor está detrás del envío. A aquellos que declara libres de culpa por su gracia, los manda para que lleven bendición a todos los rincones de la tierra.

Conclusión

Si hoy podemos pedir: Señor, envía más obreros a tu cosecha, es porque hemos comprendido que hay mucho por hacer. Hay mucha gente que está en peligro de ir a la condenación eterna porque no conoce a Cristo. Por ello mismo, tampoco podemos permanecer pasivos esperando que otros se dispongan a salir. La salvación que Dios nos dio por Jesucristo nos llena de gozo, ha cambiado nuestras vidas, mientras que hay miles a nuestro alrededor que continúan en sus pecados, alejados de Dios.

A los que hemos sido iluminados por el Espíritu de Dios, Jesús nos dice una vez más: «Vayan, en mi nombre. Atiendan las necesidades de los desamparados, den compañía a los que sufren, animen a los débiles, prediquen el evangelio a todas las personas».

No busques salvar tu vida, de ese modo lo único que lograrás será perderla. Confía en Cristo. Él salvó tu vida. En él hay esperanza segura. En él podemos acercarnos libremente a Dios. Él encaminará tus pasos para que seas un siervo útil para cumplir con la voluntad del Padre, que es llevar salvación a toda la humanidad. Amén. 🙏

